

¿QUÉ NOS PASA QUE NO PARAMOS DE HABLAR DE DROGAS?

Carles Sedó

Asociaciones de preventólogos/as de drogas, de consumidoras/es, departamentos o áreas en administraciones públicas, webs, materiales, programas interdepartamentales... ¿El tema da para tanto?

Especialmente este último –los planes intra e intro- resulta especialmente curioso. ¿Todas las áreas de –pongamos un...– ayuntamiento tienen que estar pendientes de las drogas? ¿Tienen ese don –tanpreciado como exclusivo de *dios*– como es la ubicuidad?

Se entiende que la sociedad de la doble moral las utilice como chivo expiatorio de todos los males de la *juventú*. De hecho es una forma poco sutil y bastante cutre de despistar al personal con algo malísimo y malo-de-verdad, para no hablar de lo realmente importante. De hecho, se parece al uso del *terrorismo* para justificar políticas represivas de control, al uso del *miedo* para justificar acciones que reducen los derechos sociales.

Además, curiosamente aquí hay una especie de consenso en el que participa de la manita la derecha rancia y esa (pseudo)izquierda que anda perdida en un centro comercial. Podemos recordar cómo hace años se pusieron de acuerdo todos los canales de televisión para emitir simultáneamente una película de dibujos animados *anti-drugs*. No hace falta verla para imaginar qué discursito debía tener la película... De hecho si tal iniciativa de coordinación impecable se llevase hoy a cabo, posiblemente sería igual a excepción de los canales TDT de tele-venta en los que se ofrecerían benzodiazepinas con ofertas “2 a 3” como gran alternativa a las *drogas*. Y lo de “2 a 3” no lo confundamos con un 2x3 (pagué dos y tres me llevé), porque lo que sería es “Si me trae una nueva o nuevo cliente, le regalamos un viaje al antidepresivo-estimulante”.

Simpática también la iniciativa de EE.UU. que en su momento prohibió el Metal Gear Solid (vídeojuego con un prestigio alto entre *playeros*), porque el *protá* si quiere apuntar su pistola sin temblar se tiene que tomar una “pastilla”. Supongo que el aprendizaje de tal valiosa enseñanza es: “No tomes drogas porque si lo haces te puedes morir. Y si te has muerto no puedes matar”.

O asquerosa la misma iniciativa de usar su *guerra contra las drogas* como pretexto para sus guerras de baja intensidad en su patio trasero (Latinoamérica). Porque si en Colombia –pongamos por caso– hay paramilitares, en EUA hay militares para todo.

Hasta aquí nada nuevo. Hasta aquí ya-lo-sabemos. Hasta aquí más de lo mismo. Que los políticos juegan con las drogas (con nosotros/as también) es obvio y óbice (para nosotras/os). Los que mandan toman lo que les da la gana (en privado o semipúblico) e incluso llegan a decir que no pasa demasiado si conduces bebido (lo dijo Aznar y estaría fantástico que diese ejemplo). Y es que como aquí mandan las empresas y sus sicarios, nadie puede cuestionar *los coches*. Resulta que estos son las jeringuillas de la preciada droga-negra, que a su vez mantiene a nuestra preciada empresa-imperialista Ripsol, que a su vez alimenta el primer sector de exportación de España (coches) y el primer sector de importación (ídem).

Lo curioso viene cuando somos quienes intervenimos en temas de drogas (desde la prevención, la asistencia, el tratamiento...) nos llegamos a creer que intervenimos en la misma esencia telúrica de la holística sustancia humana. O, dicho de otra forma, intervenimos en lo importante (algo así como una versión soft del apatrullador-de-siudades Torrente).

Este mundo se está yendo al garete y nosotros estamos que si te fumas un porro de maría, te lo fumas de hachís (¡Jesús!) (¡gracias). El problema de los jóvenes está en su consumo de coches (la máquina de matar enteros ambientes y personas de edades jóvenes). Su adicción se focaliza en el Messenger y en el centro comercial (¡amén!). Se coloca, babea, tiene cuadros de abstinencia, se irrita, pega... por el dinero. No sólo colabora con la deforestación del Amazonas y otros biotopos de América Latina, el ganado para dar de comer a los Mc-niños/as, la soja para dar de comer a los pollos españoles; también colaboran los españoles que se meten *pollos* (en este caso en acepción de 1 gr de cocaína según la jerga farlopera).

En los conciertos de rock'n'roll cuando vemos a un joven *mochilaman* (cargado con una mochila surtidor de cerveza), no tendríamos que poner la atención en si es un traficante de alcohol sino en qué precariedad laboral empuja a jóvenes a sumergirse en un anuncio de cerveza.

Las discotecas no son (al menos no son sólo...) especies idóneos para el consumo de estupefacientes. Básicamente son una escuela –vestida de seda que escuela se queda– de relaciones superficiales de usar y tirar, de comunicación desde lo estético y de conexión con lo virtual.

Así que dejémonos ya de iniciativas del tipo todo está permitido con tal de (intentar) rebajar el consumo de drogas: mentir, exagerar, manipular, idiotizar... Dejémonos de pensar que las habilidades sociales se limitan a una serie de estrategias aprendidas cuya utilidad se limita a decidir qué relación se quiere tener con ellas. Dejémonos de penar historias de sustancias con una dureza totalmente pasada de tono, no sólo un *delito* sino la posibilidad (incierto a todas luces) de que tal delito *se puede cometer*.

Y empecemos de una vez a crear personas solidarias, que se preocupen de actuar con coherencia personal, que valoren la implicación de sus actos en los pueblos del mundo, que estén dispuestas a renunciar a consumir para repartir recursos escasos entre quien habitamos en este planeta, que no se dejen manipular, que no busquen una cultura y un *conocimiento* del espectáculo amarillo o rosa sino profundizar en todo aquello que pasa, que... Después de todo ello –y sólo si nos queda tiempo y ganas– hablemos de sustancias, de efectos, de problemas y placeres asociados, de purezas y adulteraciones, de neuronas o de lo que haga falta.

Nuestra prostitución –con todo el respeto al trabajo sexual– llega al extremo de publicar *flyers* (como hacen promotores de fiestas electrónicas), de enviar SMS con informaciones de drogas (como si fuésemos adolescentes con problemas de relación), de permitir que cuerpos de seguridad den charlas de *salud* o de dejar entrar en las aulas a fundaciones de empresas alcoholeras, de bajarnos las bragas y los calzoncillos ante las diosas farmacéuticas y su tráfico escandaloso de dopaje y de muerte, de transmitir un anuncio *antidrogas* al ladito del de pasa por el quirófano para cambiarte...

En este ámbito sobramos psicólogas *osito-tous* que son incapaces de subirse a un transporte público, de ponerse la misma ropa dos días seguidos o de salir de casa sin su ralla (la de los ojos). Y médicos que se hacen tratar de doctores como si su moral (*simple* o doble) se convirtiese en ciencia por arte de magia. Y trabajadores sociales que son literalmente *trabajadores individuales*, en la medida en que cambian individuos para dejen de cuestionar el orden social (todo está atado y bien atado). Y policías que persiguen a chinas y a *chinas* (unas por ser *ilegales* y las otras por ídem), mientras se levantan la gorra ante empresarios/as, accionistas, políticos, financieros/as, con pata de jabugo pero ladrones con camisa de cuello blanco fabricada en una maquila de Centroamérica por mujeres que cobran menos de 1 euro la hora. Y juristas que hacen balanza entre la derecha y la extrema derecha. Y madres que se escandalizan con el porro mientras no saben lo que es conciliar el sueño sin química. Y padres agresivos sumergidos en su alcohol diario que protestan por el *incivismo* de jóvenes. Y consumidores y consumidoras (de drogas y/o todo lo demás) que sólo hablan de sus derechos, de su decisión, de su y de su yo-mi (como si no hubiera nada más allá de su culo). Y...

Total que está bien estar pendientes de los consumos de drogas –siempre que se realice con criterios de salud social e individual, y nos ahorremos toda la tontería que llevamos encima. Pero todavía estaría mejor si vamos incorporando otros temas; temas que, al fin y al cabo, son los que decidirán si este mundo se va a la mierda o –por el contrario– abrimos un poco de esperanza a los campesinos/as del Sur expulsados a las ciudades, nos relacionamos de forma sostenible con los recursos naturales, y las personas nos tratamos con cariño y con respeto (vayamos de MDMA o no).

DROGAS Y PANTALLAS; ¿TIENEN SIMILITUDES?

Ya que se trata aquí de crear polémica, de darle la vuelta a la tortilla y de revitalizar un poco nuestras neuronas (efectos colaterales de la televisión), adjuntamos por gentileza del Ajuntament de Granollers (<http://sobredrogues.net>) una reflexión divertida sobre la relación entre las drogas y las pantallas.

¿Qué es para nosotros una droga? ¿Una sustancia química que *bla-bla-bla* en los neurotransmisores en los que *bli-bli-bli*? ¿O una sustancia que nos hace flipar-un poco o mucho- hacia dentro (1) y ver diferente el mundo de fuera (y 2)?

Si para nosotros la respuesta correcta es la 2, contestaremos la pregunta con un "Sí!". Ahora bien, si vamos con bata blanca y nos encanta hablar de químicas varias, pues no.

Imaginémonos que una droga es una *droga* (aquel demonio perverso que coloca mucho, engancha todavía más y te lleva a otro peligrosísimo mundo), tal como ven los rancios que hacen los anuncios de la tele o han hecho la última expo de La Casha. ¿Si así fuera

y la tomáramos **hablaríamos diferente** (¿Más rápido? ¿Más despacio? ¿Más exagerado?), **tendríamos tendencia a repetir tal uso** (y engancharnos y llegar a ser adictos), y **trataríamos de solucionar todo tipo de problemas reales o virtuales consumiendo** ("mi madre no me quiere" "Me corto y no le puede decir que me gusta", "No tengo el cuerpo como la tía del anuncio").

También la *droga* nos llevaría siempre e inevitablemente al ostracismo y nos crearía problemas de todo tipo: no dormiríamos el necesario, nos afectaría al rendimiento académico, tendríamos más mala gaita...

Puestos a exagerar –los argumentos extremados nos alejan de la realidad pero ayudan a reflexionar–, las pantallas (móviles, videojuegos, chats, etc.) están relacionadas con historias parecidas. Demasiado a menudo pasa que **potencian las conductas violentas** de pareja (*Controlo a mi novia con el móvil*) o de grupo (*Toda la clase machacamos a un chico desde un fotolog*), **distorsionan las relaciones** (*Soy muy tímida pero con el messenger me tiro de cabeza*), **nos empanan** (*Me llamas tres veces para que vaya a comer y no me entero*), **nos hacen tirarnos de cabeza** (*Empecé el Final Fantasy VII y me eché 7 horas seguidas*), **nos enganchan** (*Ceno rápido cada noche para ir al messenger*), **nos aíslan** (*Me da la impresión de que estoy con mis colegas pero estoy en mi habitación más sola que la una*).

Y ya que estamos diremos que también pueden dejarnos un poco tocados. Explican los que saben de verdad que el uso *excesivo* de las pantallas -como el de las *sustancias tóxicas* que dicen algunos/se- está creando problemas de **salud física** (por sedentarismo y asiento-rismo), **intelectuales** (por empobrecimiento del lenguaje y del pensamiento que está claramente asociado a él) y **afectivos** (mucha estimación e histrionismo virtual pero dificultades importantes para el cara-a-cara).

La diferencia más curiosa que hay entre ambas prácticas es que mientras nadie se opone a la utilidad y al uso de las pantallas, con las drogas nos pasa todo el contrario; son prescindibles y la mayoría están en (aparente) desacuerdo con su uso. Por eso el padre o la tía o el primo o la profesora siempre sacan este clásico pantallístico: "No son ni buenas ni malas, depende de cómo se utilicen". Pero nunca lo dicen sobre las drogas (las ilegales ¡perdón!). ¿Seguro de que no es lo mismo?

Y también se parecen mucho en la postura que podemos tomar en casa sobre ellas; tenemos que cuestionar los usos de drogas y los de pantallas que hacen los jóvenes y nuestras hijas, pero el nuestro (como adultos), no. En casa viven más teles que seres humanos. Pero "Mi niño no sabe estar sin la *DS* o la *PSP*". Ahora bien, "él se gasta toda la paga en el móvil" pero "*Niño, cógelo para si pasa alguna cosa*".

Mira por dónde que después del anuncio "Sé tú anti-*droga*" viene el "Opérate un pecho y un labio" de Corporación Antiética. Y aquí no ha pasado nada. Y mira por dónde que preferiremos que los jóvenes estén "solos" en una pantalla ya que –cómo así están callados y no se *mezclan* con otros/as– "dejan de molestar". También curiosamente todo espacio o centro de jóvenes tiene en la entrada una sala con ordenadores. ¿Será para qué no fumen porros en la puerta (uno de los conflictos más interesantes para trabajar que había antaño), se morreen en el pasillo o quieran participar de verdad y no de fachada en los programas públicos para jóvenes?.

Las drogas son un negocio bestia (las legales y las que no lo son), pero también las pantallas. Los juegos de consola mueven ya más pasta que las pelis de *Jólibut*. En cambio "que nadie toque la televisión", que el peor terremoto es el que tiene el epicentro en el poder económico (las empresas de la publicidad) y político (maestría del adiestramiento en la *pasivocracia*). ¿Y qué pasa con el Messenger? Pues que está controlado para una de las personas más ricas del mundo (la más rica dirige desde México un negocio de móviles).

Como la tendencia es "a más pantallas, a menos calidad humana y más trastos electrónicos" (entelequia: Si la pantalla es plana, ¿Cómo es el encefalograma?), "a menos comunidad -ciudadanía- y más consumismo de *mirar* (el juego en red, la consola de videojuego, la tele en el bar y en el transporte público, la web 2.0 tipo Facebook, y la abuela con el *brain training*)", **dejamos que haya antipantallas**. Igual que también hay *antidrogas* (de las drogas que no toman ellas o ellos ¡Perdón!). Que convivan los que cuestionan estos aparatos entre nosotros, que nos hablen y escriban (como también se publican las flipadas de los *apologetas de las pantallas* tipo Manuel Castells), y que nos recuerden que la mayoría de este mundo vive al margen en economías de subsistencias que están siendo arrasadas por transnacionales sin escrúpulos.

Y para acabar un poco de optimismo. Empiezan a haber cositas guapas como una propuesta didáctica atrevida que está trabajando la Asociación PDS en la que se compara los *mamoneos* del negocio de la cocaína con los del coltán (mezcla de columnita y tantalita necesaria para hacer los móviles). O la web <http://elpep.info> para jóvenes jovencitos que trata drogas y también pantallas.

Hace mucho tiempo que un *preventólogo* de aquéllos de drogas y salud nos regaló una camiseta ilustrada a mano con la sugerencia "Abre los ojos, apaga la tele". Y nos lo creímos. En la ronda final de un taller sobre pantallas con madres y padres, cuando un hombre dijo "Yo pienso que la televisión tiene cosas buenas" le contestamos "Tiene razón; tiene un botón para apagarla". ¿Tomaría alguna droga (química o pantállica) para olvidar la charla?

Carles Sedó

Educación para la Acción Crítica

<http://edpac.org>